

Lecturas

Bruce Franklin, H. (2008, 2010). *War Stars. Guerra, ciencia ficción y hegemonía imperial*, Buenos Aires: Final Abierto, diciembre de 2010, 464 páginas.

Por Boris Matías Grinchpun

“El Camino al Infierno...”

“Cuando miramos hacia atrás, vemos que a medida que avanzábamos, paso a paso, hacia la tiranía de las superarmas, de alguna manera siempre pensábamos que estábamos asegurando nuestra seguridad, haciendo del mundo un lugar más libre”.¹ Esta paradoja orienta *War Stars*, libro en el que H. Bruce Franklin analiza la cultura y la carrera armamentística estadounidenses a la luz de cuentos, novelas, películas y series televisivas de ciencia ficción desde finales del siglo XIX hasta nuestros días.

El recorrido de Bruce Franklin se inicia con una figura contemporánea a la Revolución de Independencia, el inventor Robert Fulton, quien promocionó con escaso éxito un arma submarina que prometía acabar con todas las guerras y, en consecuencia, garantizar la paz y la prosperidad mundiales. Junto con la misma nación estadounidense, entonces, nacerían dos perdurables lugares comunes: el del genio inventor, que exaltaba la capacidad creadora del individuo, y el de la desmedida confianza en la ciencia, concebida instrumentalmente.

¹ Bruce Franklin, H. (2008, 2010). *War Stars. Guerra, ciencia ficción y hegemonía imperial*, Buenos Aires: Final Abierto, pp. 35-36.



Dichas tramas fueron retomadas a finales del siglo XIX por un género literario todavía en su infancia, la ciencia ficción. Numerosas historias fantasearon por esos años con guerras futuras en las cuales los EE.UU. se imponían a las potencias monárquicas de Europa y a los cuasi-bárbaros pueblos asiáticos gracias a la inventiva de sus empresarios y científicos. El proceso de expansión imperialista estadounidense habría entonces impactado en la cultura: a través de estas ficciones se expresaría la pretensión de crear un mundo seguro para la democracia y el capitalismo bajo el dominio de la raza blanca en general y de los anglo-americanos en particular.

Paralelamente, Thomas Alva Edison llevaría la figura del genio inventor a su máxima expresión y, al mismo tiempo, daría su canto de cisne. El mago de Menlo Park utilizaría su status de celebridad para publicitar numerosas armas fantásticas (ninguna de las cuales llegaría al campo de batalla) y para afirmar que los EE.UU. debían combatir por medio de la industria. Mientras en Europa se luchaba la primera guerra verdaderamente total e industrial, el público estadounidense tomaba consciencia de que las individualidades brillantes debían dejar su lugar a grandes instituciones y corporaciones, entramado estructural que años después recibiría el nombre de complejo militar-industrial.

La Gran Guerra dejaría otra pesada herencia: los aviones habían dejado de ser los protagonistas casi excluyentes de las ficciones bélicas para mostrar desde los aires su potencial destructivo. Bruce Franklin hace especial hincapié en la exitosa campaña de publicidad que un joven piloto llamado Billy Mitchell hizo durante los años '30 para que los bombarderos se volvieran el arma principal en el arsenal norteamericano. Pero fue también necesario que Hollywood construyese una visión romántica de las fortalezas volantes y de sus pilotos (y ocultase a sus víctimas) para que el público pasase de condenar los ataques a blancos civiles a entusiasmarse por las ofensivas aéreas. Las contrapartidas de este cambio cultural serían



enormes: por un lado, la economía estadounidense habría comenzado a depender de la producción para la destrucción. Por el otro, como lo muestran los casos de Corea y Vietnam, el bombardero se volvería garantía de grandes daños, pero no de triunfos.

En Hiroshima otra superarma se hizo realidad. En consecuencia, durante el inicio de la Guerra Fría la ciencia ficción vivió un período dorado con historias donde la energía nuclear era omnipresente. Para el autor, muchas de estas ficciones continuaban alimentando la quimera del arma que acabaría con todas las guerras, lo cual explicaría la delantera que los EE.UU. tomaron frente a la URSS en la búsqueda de nuevos armamentos y fortalecería la posición del complejo militar-industrial. Pero, por otra parte, algunas expresiones de la ciencia ficción refutaban estas falacias y describían con crudeza la posibilidad cierta de un holocausto nuclear.

Ronald Reagan habría actualizado durante su presidencia muchas de esas premisas del imaginario estadounidense: tras introducir un hiato en el proceso de negociación de acuerdos bilaterales con la URSS, anunció el célebre proyecto de la “Guerra de las Galaxias” que combinaba una defensa impenetrable, la militarización del espacio y el uso de láseres. Dos décadas más tarde, la iniciativa para un Nuevo Siglo Americano de la Administración Bush mantendría la pretensión de hegemonía imperial y superioridad armamentística.

En definitiva, el extenso y exhaustivo recorrido de *War Stars* por las distintas expresiones de la ciencia ficción que cruzan tres siglos deja un mensaje ambivalente: al tiempo que expresan ideales de dominio y superioridad presentes en el imaginario estadounidense, vienen a cuestionarlos y a mostrar que la búsqueda de poder puede causar destrucción. O, en otras palabras, que el camino al Infierno está empedrado de buenas intenciones.

